

literatura americana no está obligada a ser americanista y puede emplear esas fórmulas y cualquier otra. Por lo demás, Riva Agüero pasa revista a las tres formas de americanismo, de las que tanto se habló el siglo pasado, pero no tarda en exponer el tema que realmente le interesa: en última instancia, los hispanoamericanos somos incapaces de originalidad y estamos condenados a la imitación:

La gran originalidad, la verdadera originalidad, dimana siempre de un ideal. Pues bien: los hispanoamericanos no tienen ni han tenido ideal propio y probablemente no lo tendrán en mucho tiempo. Los ideales que nos dirigen e iluminan vienen del extranjero. Nos faltan a los hispanoamericanos para ser capaces de engendrar un fecundo ideal colectivo, homogeneidad étnica, confianza en nuestras fuerzas, vida intelectual intensa y concentrada y hasta desarrollo social y económico; en resumen, todas las condiciones indispensables para que el ideal aparezca y tome arraigo y consistencia. Hay que reconocer nuestra subordinación al ideal europeo o al angloamericano, subordinación forzosa y no sólo pretérita y presente, sino futura; por consiguiente, hay que reconocer que en la literatura de la América Latina, sobre el elemento original, cubriéndolo y como ahogándolo, se levantará de continuo el elemento de la imitación extranjera (230).

Esta es una de las páginas centrales del *Carácter...* La claridad de la prosa oculta, sin embargo, cierta confusión, que aparece en cuanto se trata de precisar las ideas. Riva Agüero no define lo que es la originalidad, si una cualidad de los pueblos, una característica de las obras literarias o ambas cosas. Tampoco sabemos lo que es ese ideal propio sin el cual no hay originalidad posible, si equivale a una personalidad nacional, si es un vago proyecto común, una organización social o un tipo de vida: en ningún caso se advierte por qué haya de negarse *a priori* su existencia en los países latinoamericanos. Que los países europeos parecieran a comienzos de siglo culturas más ricas y definidas que sus antiguas posesiones (sobre todo, si se entendía por cultura la vida de las ciudades, es decir, el sector más limitado y también el más europeizado de los países americanos) es innegable, aunque en ello podía verse, en gran medida, la consecuencia del hecho colonial. Que estuviéramos condenados a seguir imitando eternamente a los europeos, como lo sugiere Riva Agüero, ya no es tan claro. El joven escritor parece haberse contagiado del etnocentrismo de sus maestros, escritores europeos convencidos de habitar el centro del mundo, reaccionarios de talento como Taine o de éxito pasajero como Tarde, el teórico de la imitación. Justamente, la imitación es un concepto fundamental en el pensamiento de Riva Agüero sobre la literatura peruana, y es posible hacerle la misma crítica a la que Tarde no logró responder: el concepto de imitación no se define de manera precisa, la imitación acaba por ser muchas, demasiadas cosas a la vez. Riva Agüero aceptó las enseñanzas de sus maestros con honradez y entusiasmo que son, valga la expresión gastada, dignos de mejor causa. Concluyó necesariamente en la imposibilidad de una literatura peruana —o hispanoamericana— original, en una especie de suicidio simbólico de nuestra cultura promovido por el furor teórico. Por desgracia para él, la teoría de la imitación no pasaba de ser una simple moda, más efímera y superficial que otros emblecos franceses que Riva Agüero denunciaba en sus paisanos. En literatura, la imitación no tiene mayor importancia si no es como punto de partida de una asimilación que hace posible una creación original. Predecir la futura originalidad o

falta de originalidad de una literatura, no sólo es difícil, sino también enteramente vano: lo original suele ser lo imprevisible. Más vale desconfiar de las teorías —sobre todo, de las que se proyectan al futuro—, y atenerse a las obras, pero este consejo se perdía en Riva Agüero, a quien (al igual que muchos críticos de antes y de ahora) en la literatura le interesaba menos lo literario que lo ideológico. En todo caso, para comprobar la mediocridad de la literatura peruana del siglo pasado, no hace falta recurrir a la metafísica de la imitación. El austero pesimismo de Riva Agüero, tan opuesto al utopismo y al mesianismo tan frecuentes en los latinoamericanos cuando hablan de América Latina, podía defenderse de cara al siglo diecinueve, pero lo que va del siglo veinte, es posible decirlo sin exagerar, no le ha dado la razón.

Ahora esperaríamos que Riva Agüero desarrollase la teoría de la literatura peruana que está implícita en sus conclusiones: que explicara las razones profundas de la falta de ideal que nos condena a la imitación; que mostrara cómo se ha manifestado esa imitación en la historia literaria: lo que va, por ejemplo, del Inca Garcilaso —¿un mero imitador de los modelos europeos?— a los escritores republicanos que acaba de estudiar; que, tras señalar los factores psicológicos que tanto le interesaban, condescendiese quizá a estudiar otros, de carácter material —como la organización de la sociedad, el analfabetismo de las masas, las fallas de la instrucción pública, la carencia de una industria editorial—, y discutiese las perspectivas en tal sentido. Más vale no caer en el error tan común de reescribir la obra que se comenta, pero, en este caso, es posible apuntar que las páginas iniciales y las conclusiones del *Carácter...*, contienen un esbozo de teoría de la literatura peruana que está lejos de quedar terminado cuando, de pronto, Riva Agüero lo deja de lado. Las últimas páginas tratan de las influencias europeas en el Perú y proponen algunas soluciones para nuestra regeneración.

Los primeros años del siglo fueron el momento de mayor influencia francesa en el Perú o, al menos, en los medios intelectuales limeños. Buena muestra de ello es el *Carácter...* en el que Riva Agüero, gran lector de autores franceses, critica los excesos del afrancesamiento. Naturalmente, reconoce la importancia de la cultura francesa y hasta incurre en algunos de los lugares comunes que, por entonces, se repetían en todas las capitales latinoamericanas: «Francia es la Grecia moderna y París la nueva Atenas, el foco más principal y luminoso de la Civilización y el Arte» (236). Más interés que sus elogios tienen sus críticas, porque Riva Agüero apunta a ciertas tendencias recientes de la literatura francesa, pero, en realidad, dispara contra el modernismo, que entonces se imponía en el Perú con años de retraso en comparación con otros países latinoamericanos. Conviene, pues, aconseja Riva Agüero, matizar la influencia de Francia con la de otros países europeos. Tras pasarles revista encuentra que tenemos mucho que aprender de los alemanes, todavía más de los ingleses, que nos pueden aportar «en una palabra, *espíritu práctico*» (241) de los italianos y hasta de los norteamericanos, puesto que, si bien carecen, como hemos visto, de literatura original, poseen un ideal propio que es (otro lugar común) «*el americanismo, la vida intensa*» (242).

Es extraña esta idea de Riva Agüero de que se puede elegir tanto el país del cual deben importarse influencias como aquellas que deben aceptarse con exclusión de las

demás, sin tener en cuenta que, aparte de las afinidades reales o supuestas, la simple presión de factores materiales, sobre todo económicos, pesa más que todos los razonamientos. Para comprobarlo, basta pensar un instante como, en los años que median entre el *Carácter...* y nosotros, la influencia francesa ha perdido mucho terreno ante la de los Estados Unidos, y no ciertamente porque los peruanos, que nos parecíamos mucho a los franceses —según los autores del Novecientos—, nos hayamos descubierto una súbita semejanza con los norteamericanos. Aquí tocamos otra vez una de las tendencias de Riva Agüero que más lo alejan de nosotros, su indiferencia ante los factores sociales y económicos.

Frente a la modernidad, que consiste primordialmente en la imitación de los europeos, afirma Riva Agüero la necesidad de la tradición. En primer lugar, hemos de «conservar el legado de la tradición española» (245). La expresión pone de relieve el aspecto estático, inamovible de la tradición en el pensamiento de Riva Agüero: un *legado* que es preciso *conservar*, y no algo vivo, cambiante, que cada generación debe ganar por sí misma, elección que consciente o inconscientemente hacemos entre las posibilidades que nos ofrece el pasado. Riva Agüero ve la tradición como opuesta a la modernidad y a la originalidad, no como una condición indispensable de lo original y lo moderno. Hay que decir que por entonces la palabra misma, recogida por Ricardo Palma en el título de sus *Tradiciones peruanas* pasaba por significar el juego con dudosas antigüedades, la amable falsificación de la historia; todavía no falta entre nosotros quien cree que lo tradicional es, por excelencia, el *pastiche*, el llamado «estilo colonial». Riva Agüero no cayó en estos excesos; su visión de la tradición era más estricta y exclusiva, más española y menos criolla. Comienza por rechazar la idea de una tradición fundada en vínculos políticos con España, así como en su filosofía o en la religión católica (ya hemos visto que era por entonces anticlerical; años después renegaría de estas opiniones). Quiere que conservemos de España «el carácter honrado, caballeresco y viril que es lo esencial de la nacionalidad» (249). Con estas palabras, parece postular la identidad y no sólo la semejanza entre españoles y peruanos y, al mismo tiempo, una teoría voluntarista del carácter nacional, como si persuadidos por sus argumentos los peruanos pudieran promover las cualidades más recomendables de su hipotético temperamento y deshacerse de las demás. En fin, no se alcanza a ver claramente qué relación tiene todo esto con la literatura. Conservemos la lengua, dice Riva Agüero, y no habrá nadie que lo contradiga. Mantengamos la tradición literaria, añade, y se embarca en una definición muy vaga como es «la forma interna del pensamiento» (249) antes de citar los nombres de varios escritores españoles —y en su lista no hay un solo nombre latinoamericano— en quienes creía advertir el espíritu tradicional. Una vez más confunde el todo, es decir, el idioma y la literatura del idioma, con la parte, el idioma que se habla en España y la literatura castellana.

Quiere Riva Agüero que entre nosotros se lea más a los clásicos españoles, cuya lectura «es cosa rarísima en el Perú» (252) (el dato es interesante y hubiera valido la pena insistir en él), y en esto no habrá quien le niegue la razón. También son inobjetables las propuestas de que se lea más a los clásicos de otras literaturas y se estudie a los clásicos latinos, aunque deja de lado a los griegos por una razón práctica,

la falta de estudios helenistas en nuestro medio. De paso, deja caer una dura observación, que en gran medida sigue siendo justa:

Confesémoslo para vergüenza nuestra: en la América Latina abundan gentes que aplican a las cuestiones artísticas el criterio de los sastres y modistos: no se entusiasman, sino por el último patrón o figurín literario y juzgan que es inútil enterarse de lo demás (254).

Riva Agüero pasa con excesiva rapidez sobre lo que debiera ser uno de los temas fundamentales de su exposición. Aunque no lo haya expresado claramente, parece haber tenido la intuición de que nuestra tradición literaria es o puede ser plural: junto a la tradición del idioma (que, como hemos visto, prefiere atribuir sólo a la literatura castellana y no a todas las literaturas escritas en español), ha pensado en algún momento en otra más amplia que abarca las literaturas clásicas y modernas, aunque en este caso no se valga del término «tradición». Es posible, aunque él no lo haya hecho, imaginar la tradición como una serie de círculos concéntricos que no se excluyen mutuamente. Acierta Riva Agüero cuando insiste en el lugar preponderante de la literatura del idioma, pero también las demás pueden asimilarse. Hay que decir *pueden* asimilarse, ya que son una herencia que debe reclamarse y no un legado, recibido de una vez por todas, que sólo es necesario conservar. Hasta la tradición más íntima, la del propio país y la propia lengua, puede debilitarse y perderse si, como él lo denuncia, se descuida el trato con los clásicos.

No es seguro que Riva Agüero hubiese aceptado todas estas consecuencias deducidas de sus ideas. Por su parte, prefirió detenerse en la enseñanza del latín y el griego, que ya no es un problema de literatura, sino de instrucción pública. Riva Agüero está de acuerdo con la reciente supresión de la enseñanza del latín en las escuelas, pero, cree que es preciso imponerlo en la Facultad de Letras (la enseñanza del griego sería mucho pedir, y prefiere no hacerse ilusiones). Esto le sirve para emprender una nueva digresión sobre la necesidad de dar en el Perú una orientación práctica a los estudios. La Facultad de Letras debe reservarse a la formación de maestros y de una estricta minoría de aficionados; en general, han de fomentarse las vocaciones de carácter práctico y utilitario. Riva Agüero se acerca aquí a su contemporáneo Manuel Vicente Villarán y critica de paso a quienes se oponen a esa orientación, encuentra peligroso el idealismo que propone Rodó en el *Ariel* a los jóvenes latinoamericanos. Sólo la educación práctica, junto con el fomento de los valores europeos, puede salvarnos del inminente imperialismo norteamericano. Si no nos salvamos, si desaparecen las culturas hispanoamericanas, siempre quedará España, «vivirá la antigua cepa» (267). Terminamos en pleno vuelo lírico, en una declaración «vibrante» (para usar un adjetivo de época) de hispanismo.

LUIS LOAYZA

43 *Moise Duboule*

1209 *GÈNÈVE (Suiza)*